

Antes de empezar...

Un chico de quince años contempla desde una alta y verde colina el valle que se extiende a sus pies. El valle es incluso más verde y exuberante que la propia colina. Se extiende hasta tal punto en la lejanía que parece infinito.

—¿Lo ves? —dice una voz.

El chico se vuelve hacia un anciano que hay junto a él. Tiene una barba larga y blanca y le brillan los ojos.

—Sí —responde el muchacho, pero el corazón le late tan deprisa que apenas puede hablar.

—Quiero que me digas qué es lo que ves. He de estar seguro que has aprendido bien las lecciones —dice el anciano.

Si el chico hubiera sabido que a partir de aquel día ya no volvería a verle nunca más, se le habría partido el corazón, porque creía que el anciano de blanca barba estaría siempre a su lado.

—Veo que todo cuanto contemplo es mío —contestó el muchacho—. Yo pertenezco al universo y el universo me pertenece a mí. —Extendió los brazos como si todo aquello fuera suyo: la alta colina, el verde valle, todos los años de vida que tenía por delante. Y en cierto modo, aunque parezca imposible, así era.

—No lo olvides nunca —dijo el anciano. Luego unió

las palmas de las manos y se inclinó respetuosamente ante él a modo de despedida y el chico hizo lo mismo ofreciéndole una reverencia más profunda aún.

Y ésa fue la última vez que lo vi. Yo era el chico de la colina y estuve con aquel anciano sólo cuatro días, pero en el poco tiempo que permanecemos juntos él me cambió la vida. Cada día me respondió una de las cuatro preguntas que encontrarás en este libro:

¿Tengo un alma?

¿Cómo se cumplen los deseos?

¿Cuál es la fuerza suprema del universo?

¿Cómo puedo cambiar el mundo?

Son preguntas importantes y cuando era joven y estaba lleno de idealismo, eran vitales para mí. No sólo deseaba encontrar las respuestas, sino que sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. En la vida siempre hay preguntas importantes, pero estas cuatro son muy especiales, porque producen una chispa en ti y de esa chispa surge un fuego en tu corazón. Y ese fuego te hará vivir la vida con entusiasmo y pasión.

El anciano de barba blanca me mostró el lado espiritual de la vida, donde surgen la pasión y el entusiasmo verdaderos. Voy a contarte hasta el más pequeño detalle de los días que pasamos juntos, para que recibas lo que yo recibí. Entonces tú también podrás transformarte, dondequiera que estés. De modo que antes de empezar el libro, toma una bocanada de aire. Esta historia puede convertirse en la tuya.

PRIMER DÍA

¿Tengo un alma?

Baba

Cuando yo tenía quince años iba a un instituto situado en lo alto de una verde colina, a los pies de la cual se extendía un valle más verde y exuberante aún. Esta parte ya la conoces. Cada día contemplaba esta hermosa vista, salvo cuando el valle estaba cubierto de una densa niebla. En esas mañanas recorría el camino del instituto rodeado de volutas blancas, era como si caminara entre las nubes. Fue precisamente un día de aquellos cuando oí la voz de un desconocido dirigiéndose a mí:

—¡Ven! —me dijo—. Acércate, te he estado esperando.

La voz parecía llegar de otro mundo. Supongo que tú también habrás pasado por un camino cubierto de niebla alguna vez y ya conoces cómo la bruma te envuelve como si fueras un capullo. Entonces logré divisar algo. Vi a un anciano sentado al pie del árbol más grande y retorcido que había junto al camino.

—Baba, voy al instituto —le dije—, seguramente es otra persona a la que estás esperando. —Como me crié en India, le llamé *baba*, porque en nuestro país cuando nos dirigimos a alguien considerado un sabio o un santo, le llamamos así como signo de respeto.

—Tenemos que hablar —me dijo con una voz más clara. Me acerqué más a él. Baba estaba sentado en el suelo

con las piernas cruzadas. Su barba era casi tan blanca como los immaculados pantalones y la camisa de algodón que llevaba.

—Ya eres suficientemente mayor como para aprender cosas sobre el mundo —me dijo sin esperar mi respuesta—. ¿Y quién sino yo podría enseñártelas? —Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda.

—¿Qué clase de cosas? —le pregunté.

—Cosas invisibles, secretas. —De pronto Baba se echó a reír—. ¿Cuán misterioso he de parecer para que me escuches?

Empecé a olvidarme del instituto. Mi mente se llenó de toda clase de imágenes. Sentado con las piernas cruzadas de aquel modo, el anciano parecía el Buda que se iluminó mientras meditaba sentado al pie de una higuera. Su larga barba blanca le prestaba cierto parecido con el mago Merlín y por el brillo de sus ojos intuí sin dudarlo un instante que debía de ser tan sabio como Sócrates.

—No te estoy pidiendo nada del otro mundo. Sólo que me dediques un día —dijo Baba persuasivamente.

Me senté vacilante al pie del nudoso y retorcido árbol. El sol estaba ahora disolviendo la bruma. Entre las nubes de niebla podíamos entrever las verdes plantaciones de té que cubrían el valle y las colinas que lo rodeaban.

—No será como las clases del instituto —dijo Baba—. Voy a enseñarte una nueva forma de ver el mundo y de vivir.

—¿Qué es lo que ves ahora, en este preciso instante? —me preguntó señalándome el paisaje.

—Te veo a ti, el árbol bajo el que estamos sentados y la niebla desapareciendo del valle —respondí.

—¿Quieres saber qué es lo que yo veo? —dijo acercándose a mí—. Veo tu alma. —Cada vez sentía más curiosidad por él—. Veo el mundo que puedes poseer. Veo la eternidad. —Baba hizo una pausa y yo sentí otro escalofrío—. ¿Me crees? —me preguntó.

—Me gustaría creerte, pero no puedo ver nada de lo que me dices —contesté.

—¡Claro que no! Para lograrlo has de contemplar el mundo con unos nuevos ojos, por eso tenía que encontrarte —respondió—. Si hubiera tardado varios años más habrías sido ya un caso perdido. Te habría resultado imposible cambiar tus arraigados hábitos.

Yo estaba en una edad en la que se suele soñar despierto fácilmente. En realidad, si no había visto a Baba mientras me dirigía al instituto era precisamente porque estaba absorto en mis sueños. Ahora me parecía como si hubiese evocado una visión que había surgido de la niebla.

—No te estoy hablando de fantasías ni de nubes rosas —me dijo el anciano echándome una penetrante mirada—. Has de conocer cómo actúa la realidad. Sólo aquello que es real tiene poder, incluso en el caso de algo que parece mágico.

—De acuerdo —dije. Tenía la molesta sensación de que me había leído la mente cuando yo me preguntaba si el anciano no sería más que una fantasía.

—En realidad la eternidad está en todas partes —dijo Baba—. De hecho tu alma está ahora aquí para experimentarla. Te mostraré a qué me refiero. Extendió el brazo y cogió un puñado de arena de la vereda.

—Tócala —me dijo—. ¿Qué sensación te produce?
Eché un poco de arena en mis manos.

—Es áspera, afilada y granulada —contesté—. Y además está caliente por el sol.

—¿Te sorprenderías si te dijera que no es real? —me preguntó.

—Claro que es real —respondí confundido.

—Pero la arena está hecha de moléculas —dijo Baba—. Y las moléculas no son afiladas, ásperas ni granuladas. Yo podría transformar las moléculas de la arena en cristal sin ningún problema. Y las moléculas tampoco son reales.

—¿Por qué no?

—Porque están hechas de átomos y los átomos no son más que vagas nubes de energía. No pueden verse ni tocarse, y ¿acaso las cosas reales no se evalúan viéndolas y tocándolas? Si piensas en ello llegarás a la conclusión de que la energía tampoco es real.

A estas alturas ya no tenía ganas de discutir; el anciano me estaba mostrando una forma totalmente nueva de ver las cosas, tal como me había prometido.

—El universo entero está lleno de vibrante energía —dijo Baba—. Pero la energía surge de la vacuidad, que se caracteriza por el vacío y el reposo. No sabrás lo que es real hasta que vayamos allí. ¿Nos ponemos en marcha?

Dejó que la arena se escurriera entre sus dedos y a mí por un instante me pareció como si el mundo entero desapareciera por entre ellos, el mundo en el que yo había creído vivir.

—¡Todo esto es muy extraño! —murmuré.

—¡Ah! De modo que ya empiezas a ver el mundo de distinta forma —dijo complacido—. ¿Qué te quedará cuando todo aquello que es sólido se desvanezca ante tus ojos?

—Nada —respondí.

—Nada —repitió él—. Tienes toda la razón. Pero cuando hayamos terminado con las lecciones, esa nada se transformará en todo: y entonces tu alma, Dios y el universo infinito te pertenecerán. ¿Aún deseas acompañarme? —preguntó de nuevo.

—¡Claro que sí! —respondí.

LO QUE APRENDÍ

La espiritualidad consiste en ver el mundo y en existir de una nueva forma. Cuando Baba me contó aquello, me dijo todo cuanto necesitaba saber. Ni siquiera necesitó pronunciar la palabra *espiritualidad*. Las palabras nunca son tan importantes como la propia realidad y lo que realmente es real es que tú y yo a un nivel atómico somos como nubes andantes. Los átomos son mucho más vacíos que sólidos, y esto significa que nosotros también somos mucho más vacíos que sólidos (cada persona se compone de más de un 99,999999 por ciento de espacio vacío; el espacio que hay entre la tierra y el sol es mucho más pequeño en comparación).

Si observas con más atención el mundo que parece sólido y real, descubrirás que todos deberíamos deshacernos y convertirnos en niebla, pero no lo hacemos porque no estamos realmente vacíos. En nuestro interior hay *algo* invisible que hemos de descubrir.

—Una fuerza misteriosa mantiene las cosas unidas y

crea unos patrones cuya esencia son nubes de energía —me contó Baba—. Te aconsejo que descubras qué es esa fuerza.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque está en todas partes. Es más diminuta que el más diminuto de los átomos. Más sutil que la más sutil de las energías. Más real que todo lo que has visto en tu vida. No intentes siquiera compararla con unas fuerzas físicas como la gravedad y la electricidad —dijo—. Si ese *algo* invisible no existiera, el universo no existiría. Y tú tampoco.

Así fue como empezó: un chico y un anciano fueron en busca de *algo* invisible que es real incluso cuando todo lo demás desaparece. Sólo al cabo de años, cuando me había convertido en adulto, leí por primera vez unas líneas que describían perfectamente lo que estábamos buscando. Las había escrito el poeta William Blake y podría decirse que son el lema de este libro.

*Contemplar el mundo en un grano de arena
y el cielo en una flor silvestre,
sostener el infinito en la palma de la mano
y la eternidad en una hora.*

No creas sólo en lo que te muestran tus ojos

—**S**i sólo crees en lo que te muestran tus ojos nunca podrás ver ninguna realidad invisible —dijo Baba—. La mayoría de la gente lo hace todo el tiempo. Es una mala costumbre. Aunque esta roca no sea más que una nube de energía, parece muy sólida y pesada, ¿no es cierto? —dijo señalándome una roca que había en el suelo junto a él.

—Sí, porque es sólida y pesada. Una nube no te lastimaría si te cayera en el pie —contesté.

—¡Ah! Veo que sólo confías en tus cinco sentidos —dijo Baba—. ¿Y por qué no deberías hacerlo? Después de todo, el mundo es plano, ya que tus ojos lo ven de ese modo.

—Bueno, no es así, en eso se equivocan —dije.

—¡Oh!, pero el sol sale por el este y tras cruzar el cielo, por la noche se pone por el oeste, ¿no es cierto? —dijo Baba.

—No, sólo da esa impresión —admití.

—Por lo que veo ya tienes la costumbre de no creer en lo que te muestran tus ojos —dijo Baba sonriendo de una manera especial. Acabé llamando a esa sonrisa *yo sé un secreto*, y uno nunca podía saber cuándo aparecería en su rostro.

—Quizá no deba creer en lo que ven mis ojos todo el tiempo, pero ¿cómo puedo depender de lo que no puedo ver? —le pregunté.

—En la historia que voy a contarte encontrarás la clave —dijo Baba—. Una noche mientras dormías tu cuerpo se puso a hablar. El corazón fue el primero en hacerlo. «¡Estoy harto de bombear sangre todo el día para el estómago! ¿Por qué diantres he de hacerlo? Habría de trabajar sólo para mí.»

»Cuando el estómago lo oyó, replicó: “¡Mira quién habla! Yo estoy digiriendo comida todo el día para el cerebro. Se toma todo lo que le doy y, francamente, yo también habría de trabajar sólo para mí”.

»El cerebro al oírlo dijo: “Todo el tiempo tengo que pensar en qué es lo que voy a meterme en el estómago. ¿Eres consciente de lo delicado que es? ¡Soy yo el que sólo debería trabajar para mí!”

»Puedes ver por qué esta discusión no tiene sentido —finalizó Baba—. En realidad, cada parte del cuerpo trabaja para las otras. ¿Cómo lo sabes? Tu mente lo sabe. El conocimiento trasciende los sentidos. Te enseñaré a ver con el ojo de la mente. Entonces podrás ver sin ningún problema las cosas invisibles.

LO QUE APRENDÍ

Para ser espiritual has de creer en algo invisible. Fue lo primero que Baba me enseñó. Has de dejar de creer que sólo tus cinco sentidos tienen razón. Es una costumbre que cuesta cambiar, porque el sentido común nos dice: «Quiero verlo, tocarlo y probarlo, sólo entonces sabré

que es real». Pero yo puedo hacer que saborees en este instante algo totalmente invisible.

Cierra los ojos e imagina con el ojo de la mente un limón de un vivo color amarillo. Imagina ahora que lo cortas con un cuchillo a rodajitas y que muerdes una de ellas. ¿Has notado que tu boca empieza a salivar? Es como si realmente estuvieras masticando una rodaja de limón. Al evocar con la mente la imagen de un limón, que has creado de la nada, de repente tu cuerpo se ha puesto en acción. Los millones de neuronas del cerebro han formado la imagen de un limón y luego han enviado una señal a lo largo de la red de nervios que hay en la cabeza hasta llegar a los de la boca, y las glándulas salivales al recibir el mensaje han empezado a producir saliva.

Este experimento te demuestra una serie de hechos sorprendentes:

Dentro de tu cabeza no había la imagen de un limón. Cuando pensaste en el limón, las neuronas de tu cerebro no dibujaron la imagen del limón en un papel ni la proyectaron en una pantalla. Tu cerebro es tan oscuro como la cueva más sombría; dentro de él no hay luz ni colores. ¿De dónde ha surgido entonces la imagen del limón?

En tu boca no había el zumo de un limón. En realidad no estabas probando una rodaja de limón. Tú creías que las glándulas salivales sólo reaccionaban con la comida, pero lo han hecho sin ella. ¿De dónde crees que ha surgido la acidez del limón?

De algún misterioso lugar. De algún lugar al que Baba me estaba llevando, paso a paso.